Ayer: Avance en línea DOI: 10.55509/ayer/3112

*«La enfermedad del siglo». Neurastenia, masculinidad y modernidad en España, 1890-1920**

«The Disease of the Century». Neurasthenia, Masculinity and Modernity in Spain, 1890-1920

Violeta Ruiz
IMF-CSIC
violeta.ruiz@imf.csic.es

Resumen: A finales del siglo XIX apareció una nueva enfermedad asociada con las transformaciones de la vida moderna. Diagnosticada sobre todo a los hombres de las profesiones liberales, la neurastenia fue clave para articular ansiedades en torno a la masculinidad, la salud y la vitalidad de las naciones. En este artículo se analiza cómo la neurastenia fue utilizada para definir diferentes formas de ser hombre en el contexto particular de la España finisecular, marcado por la crisis del 98 y el Regeneracionismo. El discurso médico en torno a la enfermedad fue ambivalente, al poner en valor el esfuerzo de los hombres encargados del progreso nacional y criticar actitudes que promovían el egoísmo o la ambición desmedida. Los tratamientos estaban dirigidos a recuperar la salud, concebida en términos de masculinidad ideal, y el diagnóstico sirvió para crear una variedad de identidades que respondiesen correctamente a los retos de la modernidad española. Se demuestra cómo las definiciones médicas de la neurastenia, así como sus tratamientos asociados, sirvieron para generar una serie de valores de género e ideales de masculinidad moderna en un momento de fuerte crisis de la identidad nacional. Con ello, se pone de relieve el valor que tienen las enfermedades como objeto de estudio para analizar cómo se construyen los valores de género en perspectiva histórica.

Palabras clave: neurastenia, historia de la medicina, masculinidad, Regeneracionismo, siglo XIX.

---

* Esta investigación fue financiada por el Ministerio de Economía y Competitividad (BES-2014-069311). La autora agradece los comentarios y sugerencias de Javier M. Dos Santos, Darina Martykánová, José Julián Soto, Daniel Luque y los revisores anónimos del artículo a sus versiones anteriores.

Recibido: 09-06-2025 Aceptado: 12-12-2025 Publicado *on-line:* 16-11-2026

Publicado bajo licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional.

Abstract: At the end of the nineteenth century, a new disease associated with the transformations of modern life emerged within the medical paradigm. Neurasthenia was diagnosed primarily in men working in the liberal professions and became a key concept for articulating concerns about masculinity, health, and national strength. This article examines how neurasthenia was used to define different models of masculinity in fin-de-siècle Spain, a period marked by the Crisis of 1898 and the discourse of regenerationism. Medical discourse surrounding the disease was both validating and condemnatory: it praised the efforts of men regarded as responsible for the nation's progress while criticizing attitudes associated with selfishness and excessive ambition. Treatments sought to restore health, understood in terms of an ideal of masculinity, while the diagnosis itself contributed to the construction of multiple masculine identities that responded to the challenges of modernity. The article argues that medical definitions of neurasthenia, together with the therapeutic practices associated with it, helped produce a set of gendered values and ideals of modern masculinity during a period of profound national crisis. In doing so, it demonstrates the value of studying diseases as objects of historical inquiry for understanding how gender norms and ideals are historically constructed.

Keywords: neurasthenia, history of medicine, masculinity, Regenerationsim, 19th century.

Introducción

«Plaga moderna de la humanidad actual es la neuro-astenia, que de día en día va extendiendo su radio de acción y su intensidad, cual si marchara a compás de la civilización y del progreso en su incesante desarrollo. Relacionada estrechamente con el esfuerzo y la fatiga a que los hombres de hoy se ven condenados en la lucha por la existencia, véase aquella enfermedad alzando amenazadora su cabeza en las naciones que van al frente de la revolución científica, industrial y comercial de nuestro siglo»[1].

Con estas palabras expresaba el médico Manuel Ribas Perdigó la amenaza de una nueva enfermedad muy ligada con la modernidad que —a finales del siglo XIX— parecía extenderse como una auténtica epidemia por todas las naciones civilizadas. La neurastenia, que

[1] Manuel RIBAS PERDIGÓ: *Tratamiento de la neuro-astenia,* Barcelona, Imprenta de Amat y Martínez, 1892, p. 5.

en su etimología griega significaba «falta de fuerza nerviosa», fue definida por primera vez por el neurólogo estadounidense George Miller Beard y popularizada internacionalmente en la década de 1880 a través de sus obras *Nervous Exhaustion (Neurasthenia)* (1880) y *American Nervousness: Its Causes and Consequences* (1881). La condición estaba caracterizada por toda una serie de síntomas, incluyendo dolores de cabeza e insomnio, trastornos digestivos y sexuales, cansancio físico y mental, y preocupaciones, fobias y obsesiones. Presentada como la causa y la consecuencia del progreso y la civilización, fue reconocida con rapidez como la enfermedad moderna por excelencia. Sin embargo, su definición, su tratamiento y el significado social del diagnóstico estuvieron enmarcados por un discurso médico ambiguo preocupado por la jerarquía internacional de las civilizaciones, la fuerza nacional y la salud de sus hombres. En definitiva, su relación con el progreso hizo de la neurastenia un tema de urgencia social y cultural en el periodo finisecular. Tratar con eficiencia la neurastenia suponía no solo la recuperación de la salud del enfermo, sino también la del vigor nacional, para poder seguir participando con éxito en la «revolución científica, industrial y comercial de nuestro siglo»[2].

A finales de siglo XIX, la tensión entre lo tradicional y lo nuevo, lo nacional y lo extranjero, generó toda una serie de debates en torno a los parámetros que definían las buenas y las malas modernidades, sin que existiera ningún consenso al respecto, pues cada país establecía sus propios parámetros y jerarquías, que respondían a sus propias ansiedades nacionales[3]. Desde hace algunas décadas, historiadores como Nerea Aresti, Darina Martykánová o Xavier Andreu vienen demostrando la estrecha relación que existe entre los distintos discursos sobre las modernidades, las identidades nacionales y las masculinidades[4]. Por otro lado, la historia de la medicina ha

---

[2] *Ibid.*

[3] Shmuel Noah EISENSTADT: «Multiple Modernities», *Daedalus,* 129 (2000), pp. 1-29, y Darina MARTYKÁNOVÁ y Marie WALIN: «Introducción: Poder, autoridad y relaciones entre hombres. La construcción de las masculinidades decimonónicas», en Darina MARTYKÁNOVÁ y Marie WALIN (eds.): *Ser hombre. Las masculinidades en la España del siglo XIX,* Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla, 2023, pp. 11-30.

[4] Xavier ANDREU-MIRALLES: «Nación y masculinidades: reflexiones desde la historia», *Cuadernos de Historia Contemporánea,* 43 (2021), pp. 121-143; Nerea ARESTI y Darina MARTYKÁNOVÁ: «Introducción. Masculinidad, nación y civilización

demostrado que estos discursos también interactuaban con las nociones de salud y enfermedad: desde el siglo XVIII, las teorías sobre las causas de las enfermedades han estado intrínsecamente vinculadas a ideales del progreso, reflejadas por la metáfora del cuerpo nacional, en el que la salud de los hombres era clave en la construcción de un ideario nacional concebido como fuerte y viril, según la terminología de finales del siglo XIX. Las enfermedades son, por lo tanto, un objeto útil para analizar cómo el conocimiento médico ha servido para establecer normas sociales en torno a cuestiones identitarias en clave de género, incluyendo la naturalización de las diferencias sociales y la amenaza de la modernidad[5].

En su relación explícita con la civilización y con la masculinidad, la neurastenia operó de manera significativa para reflexionar sobre lo que significaba ser un hombre moderno a nivel internacional. Denominada «la enfermedad del siglo» por sus contemporáneos, cada país generó toda una producción cultural en torno a ella que abarcaba no solo el diagnóstico y sus tratamientos, sino también el cuerpo, la iconografía y las definiciones de la civilización moderna. Esta «cultura de la neurastenia» permitió a las nuevas generaciones de finales del siglo XIX y comienzos del XX defender diferentes formas de ser hombre, atendiendo a visiones nacionales basadas en criterios tanto locales como internacionales. En Francia, por ejemplo, la preocupación giró en torno a la prevalencia del cansancio y la fatiga de los hombres burgueses, en una sociedad preocupada por su feminización. En Japón, la identidad moderna de la neurastenia se relacionó con la homosexualidad y el exceso de masturbación, iden-

---

en la España contemporánea», *Cuadernos de Historia Contemporánea,* 39 (2017), pp. 11-17, y Simon WENDT y Pablo DOMÍNGUEZ ANDERSEN (eds.): *Masculinities and the Nation in the Modern World. Between Hegemony and Marginalization,* London, Palgrave Macmillan, 2015.

[5] Melissa DICKSON, Emilie TAYLOR-BROWN y Sally SHUTTLEWORTH (eds.): *Progress and Pathology. Medicine and Culture in the Nineteenth Century,* Manchester, Manchester University Press, 2020; Robert A. NYE: *Crime, Madness and Politics in Modern France. The Medical Concept of National Decline,* Princeton, Princeton University Press, 1984; Charles E. ROSENBERG: «Framing Disease: Illness, Society, and History», en Charles E. ROSENBERG y Janet Lynne GOLDEN (eds.): *Framing Disease. Studies in Cultural History,* New Brunswick, Rutgers University Press, 1992, pp. xiii-xxvi; Camille BAJEUX: *Soigner la virilité. Une histoire de la santé masculine,* Genève, Éditions BHMS, 2024, y Ludmilla JORDANOVA: «The Social Construction of Medical Knowledge», *Social History of Medicine,* 8 (1995), pp. 361-381.

tificados como la causa de la decadencia nacional[6]. Estos ejemplos ponen de relieve cómo el diagnóstico de la neurastenia sirvió a nivel internacional para definir y dar razón de una experiencia nueva entendida en términos nacionales: la experiencia de la modernidad.

En España, la enfermedad apareció en el contexto de la crisis del 98 y el discurso regeneracionista, amplificado a raíz de la pérdida de las colonias de ultramar ante Estados Unidos. Se trataba de un discurso de crisis y de cambio que enarbolaba la recuperación de la virilidad perdida por la nación española[7]. Su recepción estuvo marcada por toda una serie de debates en torno a sus causas y su relación con la modernidad y la civilización. Estos reflejaban cuestiones más amplias sobre el estado de la medicina en España y el discurso regeneracionista de la época. Como han demostrado Mario César Sánchez Villa y Enric Novella en sus trabajos, a lo largo del siglo XIX la definición de la enfermedad física y mental se convirtió en una cuestión central en el proceso de sostener una disciplina científica propia que buscaba encontrar un equilibrio entre cuestiones filosóficas y morales tanto tradicionales como modernas, nacionales y extranjeras[8]. La neurastenia también estuvo envuelta en estos debates: al ser una patología de origen estadounidense producida por el progreso, los discursos médicos en torno a ella estuvieron enmarcados por propuestas moralistas que intervenían en las prácticas y cos-

---

[6] Christopher E. FORTH: «Neurasthenia and Manhood in Fin-de-Siècle France», en Marijke GIJSWIJT-HOFSTRA y Roy PORTER (eds.): *Cultures of Neurasthenia from Beard to the First World War,* Amsterdam, Rodopi, 2001, pp. 329-361, y Sabine FRÜHSTÜCK: «Male Anxieties: Nerve Force, Nation, and the Power of Sexual Knowledge», en Morris LOW (ed.): *Building a Modern Japan,* London, Palgrave Macmillan, 2005, pp. 37-59.

[7] Darina MARTYKÁNOVÁ: «Los pueblos viriles y el yugo del caballero español. La virilidad como problema nacional en el regeneracionismo español (1890s-1910s)», *Cuadernos de Historia Contemporánea,* 39 (2017), pp. 19-37, y Nerea ARESTI: «La hombría perdida en el tiempo. Masculinidad y nación española a finales del siglo XIX», en Mauricio ZABALGOITIA HERRERA (ed.): *Hombres en peligro. Género, nación e imperio en la España de cambio de siglo (XIX-XX),* Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2017, pp. 19-38.

[8] Mario César SÁNCHEZ VILLA: *Entre materia y espíritu. Modernidad y enfermedad social en la España liberal (1833-1923),* Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2017; Enric NOVELLA: *La ciencia del alma. Locura y modernidad en la cultura española del siglo XIX,* Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2013, e ÍD.: *El discurso psicopatológico de la modernidad,* Madrid, Los Libros de la Catarata, 2018.

tumbres de aquellas personas que se veían afectadas por ella, con el objetivo no solo de recuperar la salud de los individuos enfermos, sino también de garantizar la salud nacional, en el marco de un discurso internacional preocupado por la jerarquía de las civilizaciones.

En este artículo se analiza cómo se construyeron los parámetros de la neurastenia en relación con los discursos de civilización y los ideales de masculinidad en el contexto español. Atendiendo a una variedad de fuentes primarias, desde publicaciones médicas hasta anuncios publicitarios y manuales de educación de la voluntad, se busca demostrar el potencial del estudio histórico de las enfermedades para el análisis de realidades tan dispares como la articulación de identidades individuales y nacionales, la construcción de ideales de género, la historia del conocimiento médico y la construcción de distintos modelos de modernidad en la España de finales del siglo XIX.

El progreso, la neurastenia y la lucha por la existencia

La popularización de la neurastenia a finales del siglo XIX estuvo vinculada a un discurso más amplio preocupado por el progreso, la denominada «lucha por la existencia» y la degeneración de la sociedad. Defendida por primera vez en 1853 por el médico francés Bénédict Augustin Morel, la teoría de la degeneración argumentaba que las enfermedades tenían un componente hereditario que pasaba de una generación a otra, con consecuencias nefastas para el progreso de la sociedad. A finales del siglo XIX, esta preocupación no se aplicaba solo a las enfermedades, sino también al esfuerzo que suponía la «lucha por la existencia». Propuesto por el sociólogo británico Herbert Spencer en 1865 para extender la teoría darwinista del origen de las especies a la sociedad humana, este concepto hacía referencia a la competición entre individuos y naciones por obtener los recursos necesarios en la naturaleza para sobrevivir. La competición permitía la reproducción y la supervivencia de las personas y las naciones más fuertes, constituyendo un requisito necesario para el progreso en la pugna internacional por estar en la cima de la civilización[9].

[9] Bénédict A. MOREL: *Traité des dégénérescences physiques, intellectuelles et mo-*

Tomadas en conjunto, estas teorías de finales del siglo XIX planteaban que la *historia natural* del hombre —en concreto la configuración anatómica y moral del individuo— era un proceso evolutivo en el que la herencia biológica desempeñaba un papel determinante, lo que promovía un discurso ambivalente sobre el devenir de la sociedad. Existía un optimismo por su futuro, concebido en términos particularmente modernos. A pesar de ser una patología, la neurastenia era la encarnación de esta civilización moderna, reflejada por su incidencia y las metáforas que usaba Beard para explicarla: la enfermedad podía entenderse como una cuenta bancaria en números rojos o una batería eléctrica con una carga débil. Mientras que los «millonarios de fuerza nerviosa» podían trabajar sin cansarse, los «pobres» con una «herencia pequeña» acababan gastando más energía de la que tenían, lo que los dejaba en una «bancarrota nerviosa» de la cual podía ser difícil recuperarse; y, al igual que una batería eléctrica no podía operar más allá del límite de su carga, el hombre tampoco podía dar más de sí: cualquier sobreesfuerzo agotaba sus reservas de fuerza nerviosa[10]. Como resultado, la condición exigía cautela por parte de aquellos que la padecían para no enfermar más, lo que a su vez producía innovación al buscar soluciones al problema de la modernidad que no desgastasen tanto al individuo[11].

Esta relación metafórica de desgaste tecnológico fue reproducida por otros autores en España. Por ejemplo, en su obra *La neurosis generalizada* (1892), el médico militar J. Fernández Toro hacía una comparación entre infraestructuras como el puente de Brooklyn y edificios como La Torre Eiffel: —«el metal que personifica en sí la idea de la fortaleza— y el sistema nervioso, «ese compuesto admirable de celdillas y tubos del más maravilloso y sutil te-

---

rales de l'espèce humaine et des causes qui produisent ces variétés maladives, Paris, J. B. Baillière, 1857; Herbert SPENCER: *The Principles of Biology,* vol. I, London, Williams and Norgate, 1865; Mario César SÁNCHEZ VILLA: *Entre materia y espíritu...,* pp. 198-206 y 249-251, y Ricardo CAMPOS MARÍN, José MARTÍNEZ PÉREZ y Rafael HUERTAS: *Los ilegales de la naturaleza. Medicina y degeneracionismo en la España de la restauración (1876-1923),* Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000.

[10] George M. BEARD: *American Nervousness. Its Causes and Consequences,* New York, G. P. Putnam's Sons, 1881, pp. 9-10.

[11] *Ibid.,* pp. ix y 23.

jido y de la finura más exquisita»[12]. De la misma manera en la que «esos puentes gigantescos, maravillas de la ciencia y de la industria, están muchos de ellos enfermos y algunos han muerto ya produciendo luctuosas catástrofes», el sistema nervioso también caía enfermo en la lucha por la existencia:

> «excitado sin cesar por el dolor, por el placer, por las sensaciones más vivas, y cuando perdida su excitabilidad reclama de nosotros un descanso, una tregua a su constante trabajar, aun entonces, las necesidades crecientes, la ambición, los deberes, los vicios, las virtudes mismas, nos hacen buscar en los tres reinos de la naturaleza o en las invenciones del espíritu, acicates que espolean la actividad nerviosa, nos proporcionen mayor suma de trabajo o de placer, a costa, ¡ay!, de un decaimiento duradero y muchas veces irreparable de ese pobre sistema nervioso tan digno por su importancia y sus servicios de los cuidados más exquisitos. He aquí la génesis de la afección que hoy domina por su generalización, y que en verdad puede llamarse la enfermedad de la época: la neurosis generalizada»[13].

Estas metáforas tecnológicas del sistema nervioso y de la modernidad tenían una relación bidireccional, es decir, servían para articularse entre sí. A través de ellas, el discurso médico de la época convertía la neurastenia en una condición puramente moderna y particularmente urbana[14]. Además, contribuía a generar una jerarquía del cuerpo en el que el sistema nervioso se convertía en el sistema más civilizado, equiparándolo con las «maravillas» tecnológicas e industriales de la modernidad y contribuyendo a establecer «el sujeto cerebral» como el sujeto por excelencia de la modernidad[15]. Aunque no todos estuvieran de acuerdo con la idea de que la neu-

---

[12] J. Fernández Toro: *La neurosis generalizada. Memoria leída en la Academia de Sanidad Militar del Distrito de Burgos,* Madrid, Imprenta Moderna, 1892, p. 4.

[13] *Ibid.*

[14] Laura Otis: «The Metaphoric Circuit: Organic and Technological Communication in the Nineteenth Century», *Journal of the History of Ideas,* 63 (2002), pp. 105-128. Véase también Anson Rabinbach: *The Human Motor. Energy, Fatigue and the Origins of Modernity,* Berkeley, University of California Press, 1992.

[15] Fernando Vidal: «Brainhood, Anthropological Figure of Modernity», *History of the Human Sciences,* 22 (2009), pp. 5-36; esta misma idea en Andreas Killen: *Berlin Electropolis. Shock, Nerves, and German Modernity,* Berkeley, University of California Press, 2005, y John D. Spillane: *The Doctrine of the Nerves. Chapters in the History of Neurology,* Leiden, Brill, 1981.

rastenia solo se daba en la gente de la ciudad —en 1902, por ejemplo, el médico Tomás Valera afirmaba que «no se necesita ser un manojo de nervios ni una pila eléctrica, para que tengamos ocasión de observar la neurastenia aún en las gentes más burdas, más bastas o más toscas [del campo]»—[16], la metáfora seguía estableciendo una idea del cuerpo en términos tecnológicos y modernos.

Sin embargo, existía también un discurso pesimista sobre el futuro y sobre los efectos del progreso. La propia modernidad y la «lucha por la existencia» gastaban los recursos de las personas y las naciones y producían patologías como la neurastenia, que se convertían en un problema generacional a través de la herencia. Como explicaba el médico y psicólogo Luis Simarro, el exceso de trabajo que suponía el esfuerzo por seguir avanzando hacia el progreso producía un desgaste para aquellos hombres «de cultura superior» que estaban encargados de «hacer avanzar la cabeza de la columna» y de «disminuir esta distancia entre la cabeza y la cola»[17]. Sin embargo, esto se iba haciendo cada vez más difícil, porque había que trabajar mucho para poder mantener el ritmo del progreso. Siguiendo el discurso degeneracionista, Simarro explicaba que el problema del agotamiento y la neurastenia no los afectaba solo a ellos, sino que existía una «continuación hereditaria del cansancio» que se transmitía de padres a hijos[18].

Aunque la relación entre la neurastenia y la civilización moderna fue universalmente aceptada, ciertos elementos que determinaban esa civilización fueron objeto de debate. Beard los identificó como la educación de las mujeres, los descubrimientos científicos y los avances de las tecnologías de las telecomunicaciones en un país caracterizado por una naturaleza extrema, que había llegado a ser dominada por el hombre. Estas condiciones particulares eran las que habían conducido a la proliferación de la neurastenia en Estados Unidos —sobre todo en las grandes metrópolis que habían aparecido en la costa noreste, como Nueva York—, que en ese momento estaba viviendo su Edad de Oro: un periodo marcado

[16] Tomás VARELA Y JIMÉNEZ: «La neurastenia en los pueblos», *El Siglo Médico,* 49 (1902), pp. 517-518, esp. p. 518.

[17] Luis SIMARRO: «El exceso de trabajo mental en la enseñanza», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza,* 13 (1889), pp. 37-39, 88-90 y 369-373, esp. p. 38.

[18] *Ibid.*

por una expansión económica e industrial sin precedentes. La neurastenia era un reflejo de esta nueva sociedad moderna; en palabras de Beard: «no ha habido época, ni país, ni forma alguna de civilización —ni Grecia, ni Roma, ni España, ni los Países Bajos, en sus épocas gloriosas, padecieron tales enfermedades—», enfermedades que eran, de manera destacada, modernas[19]. De nuevo esta condición patológica era, por lo tanto, un problema, pero su incidencia, por paradójico que resulte, se convertía en un marcador del grado de civilización que colocaba a Estados Unidos a la cabeza de dicha escala.

Si bien el diagnóstico fue aceptado como útil para clasificar enfermedades de la vida moderna, el discurso nacional de Beard fue objeto de duras críticas por sus colegas europeos. En estos contextos, los médicos defendieron que «el mal americano» era el resultado de una sociedad caracterizada por los excesos de todo tipo[20]. Para el famoso neurólogo parisino Jean Martin Charcot, por ejemplo, estos excesos se veían incluso en los tratamientos: a los pacientes neurasténicos se les recomendaban viajes constantes alrededor del mundo, el consumo persistente de tónicos y medicamentos, y la búsqueda sin cesar de una mejora que solo se podía conseguir reduciendo la actividad —algo de lo que parecían incapaces los estadounidenses—[21].

En España, los médicos también se hicieron eco de esta visión. Según el doctor Abdón Sánchez Herrero, el hecho de que la enfermedad fuese más común en Estados Unidos era señal de que «la sed del oro se [había] apoderado de sus habitantes», resultando en un estilo de vida «acelerada [y] vertiginosa», un aumento de asesinatos y suicidios, el envejecimiento prematuro de las personas y la degeneración de la sociedad[22]. Por otro lado, si bien era una enfermedad que aparecía en aquellos países que iban «a la cabeza de la revolución industrial de nuestro tiempo», como decía Ribas Perdigó,

---

[19] George M. Beard: *American Nervousness...,* pp. vii-viii.

[20] Juan Montserrat y Archs: «Historia natural del hombre», *El Mundo Ilustrado,* 158 (1881), pp. 459-463.

[21] Jean M. Charcot: *Leçons du mardi à la Salpêtrière, 1887-1888,* vol. I, Paris, Bureaux du Progrès Médical, A. Delahaye et Emile Lecrosnier, 1887, p. 33.

[22] Abdón Sánchez Herrero: *Algunas lecciones del curso de clínica médica,* Madrid, Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Cuesta, 1893, p. 79.

la menor prevalencia en España era indicativa de que aún se podía tener una «vida posible» en este país. Por mucho que los norteamericanos pudieran estar a la cabeza de la jerarquía de la civilización, su modernidad era una modernidad absurda, caracterizada por el consumo sin sentido de la cultura y la incapacidad de disfrutar de la vida de forma pausada[23]. Además, para evitar la subyugación jerárquica derivada de la visión de Beard sobre el progreso, los médicos españoles afirmaban que los síntomas neurasténicos podían encontrarse hasta en los tratados de Galeno, si bien el diagnóstico no era nombrado. La enfermedad resultaba, por lo tanto, tan antigua como la propia civilización, a la cual Estados Unidos se había unido muy recientemente[24]. Apelar a la antigüedad también permitía establecer una jerarquía temporal con ese país, al que se infantilizaba y presentaba en términos de juventud arrogante.

Como ya se ha señalado, estas críticas a la civilización estadounidense ocurrían en el contexto más amplio de la crisis del 98 y el discurso del Regeneracionismo[25]. Y mostraban que la civilización que acompañaba al progreso no era siempre una civilización deseable. Sin embargo, estos juicios sobre Estados Unidos servían como un aviso general sobre la modernidad que, si bien podía traer el progreso y la civilización, también producía enfermedades y degeneración social, además de exigir un ritmo de producción científico, tecnológico, infraestructural, social y cultural que era casi inabarcable, lo cual ocasionaba un desgaste que ponía en jaque el progreso del país.

¡Hombres, no os dejéis vencer! El tratamiento de la virilidad

El discurso ambivalente que se generó sobre la modernidad y la neurastenia también se extendió a aquellos hombres que padecían de ella: los que estaban encargados del progreso nacional. La falta de virilidad de los hombres españoles producía una nación dé-

[23] Manuel Ribas Perdigó: *Tratamiento...,* p. 5.

[24] Antonio García Rodríguez: *Consideraciones sobre la patogenia y etiología de la astenia simple (neurastenia),* Salamanca, Imprenta y Encuadernación Salmanticenses, 1904, p. 11.

[25] Véanse las visiones al respecto compiladas en Juan Pan-Montojo (ed.): *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo,* Madrid, Alianza Editorial, 1998.

bil que había perdido fuerza a nivel internacional, como quedaba en evidencia por la pérdida de las colonias de ultramar[26]. Como ha argumentado Darina Martykánová, la solución que las elites intelectuales propusieron al problema de la falta de virilidad radicó en el regeneracionismo nacional, un discurso de crisis basado en la educación moral de sus hombres para generar nuevas masculinidades que permitirían la participación española en la pugna por la civilización[27]. Siguiendo las metáforas que equiparaban el cuerpo individual con el cuerpo nacional, la neurastenia afectaba a «la médula o clase directorial de la sociedad»[28]. En palabras del médico Nicasio Mariscal García, tratar la neurastenia era importante porque afectaba a los hombres encargados del progreso nacional:

> «tanto en interés de ellos como en el de los sacratísimos objetos confiados a su cuidado, convendría ver la manera de evitarla, porque el vigor, la robustez, la misteriosa fuerza vital que anima y sostiene en próspera y lozana salud el complicado organismo que se denomina Estado... no es, después de todo, otra cosa que la resultante de las energías físicas y morales de cada uno de los individuos de que dicho Estado se compone»[29].

El tratamiento del individuo garantizaría, por lo tanto, la salud de la nación. Existía una serie de tratamientos que buscaban proporcionar alivio y curar los males de los pacientes neurasténicos, dependiendo de si la condición era congénita (es decir, nacían con ella como efecto hereditario de la degeneración) o si era un caso puntual que podía pasar sin más reincidencia ni mayor consecuencia para el paciente[30]. Tratamientos como las dietas y los tónicos nutrían la sangre y regulaban el funcionamiento de los nervios, mientras que otros —como la electroterapia— buscaban actuar directamente sobre el sistema nervioso para vigorizarlo[31]. También se

---

[26] Nerea Aresti: «La hombría perdida...».

[27] Darina Martykánová: «Los pueblos viriles...».

[28] Tiburcio Jiménez de la Flor García: *Estudio clínico de la neurastenia (astenia simple) y su tratamiento,* Zamora, Establecimiento Tipográfico San José, 1913, p. 3.

[29] Nicasio Mariscal García: *La neurastenia en los hombres de Estado,* Madrid, B. Rodríguez Serra, 1901, pp. 16-17.

[30] César Juarros: «Diagnóstico de las neurastenias», *Revista Ibero-Americana de Ciencias Médicas,* 26 (1911), pp. 1-14.

[31] Manuel Ribas Perdigó: *Tratamiento...;* Ramón Álvarez Gómez-Salazar: «Ligeras consideraciones sobre la neurastenia y su tratamiento», *Revista de*

aconsejaba el descanso, por lo que era común que los enfermos pasasen temporadas en balnearios. La tranquilidad de estos lugares suponía un alivio para el sistema nervioso, sobrestimulado por el ajetreo de las ciudades y la vida urbana, y se daba acceso a la naturaleza y a los tratamientos más modernos en un entorno sereno[32]. Por otro lado, en aquellos casos en que los síntomas mentales derivaron en formas de locura, los enfermos eran tratados en sanatorios privados, lo cual permitía evitar la estigmatización asociada con los hospitales psiquiátricos[33].

A pesar de la existencia de estos tratamientos, dado que la neurastenia era vista como una consecuencia inevitable de la civilización moderna y la lucha por la existencia, se trataba de una condición permanente que el paciente debía aprender a sobrellevar el resto de su vida. Los consejos médicos en este sentido formaban parte del higienismo —en concreto de la higiene mental—, una corriente de pensamiento con un fuerte componente moralizador que buscaba prevenir enfermedades a través de la relación entre la salud de las personas y las condiciones ambientales, sociales y de estilo de vida[34]. Enfrentados con este reto, los médicos españoles recomendaban generar costumbres de salubridad asociadas a formas deseables de ser un hombre moderno, enfatizando cuestiones como la ética del trabajo, la fuerza de voluntad y la fuerza física, con el objetivo de prevenir los estragos hereditarios en la siguiente generación. Por ejemplo, Enrique Fernández Sanz defendía evitar las diversiones en exceso, ya que generaban «una acción disolvente mo-

---

Medicina y Cirugía Prácticas, 43 (1898), pp. 411-417, y Vicente Ots y Esquerdo: *Patogenia, variedades y terapéutica de la neurastenia,* Madrid, Establecimiento Tipográfico Viuda e hijos de Manuel Tello, 1897.

[32] Manuel Manzaneque: *Tratamiento hidro-termal del neurosismo y la neurastenia,* Madrid, Imprenta de Ricardo Rojas, 1908.

[33] Vicente Ots y Esquerdo: «Locura neurasténica», *Revista Frenopática Española,* 1 (1903), pp. 305-309; folleto publicitario: «Sanatorio San José, a Cargo de Los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios. Médico Director: Dr. M. Prados y Such. Málaga», consultado en Biblioteca de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid, y Barbara Sicherman: «The Uses of a Diagnosis: Doctors, Patients, and Neurasthenia», *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences,* 32 (1977), pp. 33-54.

[34] Ricardo Campos Marín: «La sociedad enferma: higiene moral en España en la segunda mitad del siglo xix y principios del xx», *Hispania. Revista Española de Historia,* 55 (1995), pp. 1093-1112, y Enric Novella: *La ciencia del alma...*

ral» y creaban hábitos difíciles de vencer[35]. En su lugar, abogaba por el culto a los nobles ideales del trabajo y el conocimiento como forma de gestionar la enfermedad, aprendiendo idiomas y leyendo historia y filosofía[36]. Percibida como una actividad productiva, el trabajo intelectual —incluido el desarrollo individual de la cultura y el conocimiento— era considerado un requisito indispensable para la civilización; en palabras de Sánchez Herrero, «en la vida humana, solamente el *trabajo,* convirtiendo el mal en bien, es *redentor* y fuente directa del bien, y hasta el mal parece necesario, o al menos es positivamente el motor más poderoso, acaso el único, de nuestro progreso, de todo progreso y hasta de su ley»[37]. Siguiendo esta lógica, la recomendación de Fernández Sanz de cultivar el conocimiento convertía el trabajo intelectual en una guía moral para el hombre apático y abúlico, dirigiendo su energía hacia la acción productiva y útil para el bien común.

La psicoterapia también tenía un papel importante en el tratamiento de la enfermedad. Históricamente, el papel del médico en la relación con el paciente había sido el de ofrecer apoyo moral en el proceso de curación o convivencia con la enfermedad[38]. En el caso de la neurastenia, caracterizada por el desaliento, el médico debía inculcarle «la convicción fundada de que *puede* y *debe* curar»[39]. Pero también existían prácticas psicoterapéuticas concretas, que buscaban influir, manipular y modificar las facultades mentales para recuperar la salud, además de la fe y la esperanza. Distintos médicos defendían la necesidad de dirigir la cura hacia los síntomas mentales a través de la hipnosis y la sugestión, que permitían la modificación

---

[35] Enrique Fernández Sanz: «El trabajo como medio terapéutico en el tratamiento de las psiconeurosis», *Archivos de Terapéutica de las Enfermedades Nerviosas y Mentales,* 12 (1914), pp. 117-126, esp. p. 121.

[36] Joseph Ferrua: «El psiquismo inferior en las enfermedades mentales», *Archivos de Terapéutica de las Enfermedades Nerviosas y Mentales,* 6 (1908), pp. 63-66.

[37] Abdón Sánchez Herrero: *Algunas lecciones...,* p. 79. Véase también Darina Martykánová y Víctor M. Núñez García: «Presentación. Trabajo, estatus social y género: una mirada transnacional a la historia de las profesiones (1820-1960)», *Pasado y Memoria,* 29 (2024), pp. 1-18.

[38] Nicholas D. Jewson: «The Disappearance of the Sick-Man from Medical Cosmology, 1770-1870», *Sociology,* 10 (1976), pp. 225-244.

[39] Ernest Monin: «La cura de los neurasténicos», *Archivos de Terapéutica de las Enfermedades Nerviosas y Mentales,* 5 (1907), pp. 14-18, esp. p. 14.

de los pensamientos del paciente. Sin embargo, estas terapias también fueron criticadas por generar dependencia con el médico y por poner al paciente en un lugar de subordinación, dos elementos que iban en contra de los valores de autonomía e independencia propios del liberalismo de la segunda mitad del siglo XIX[40].

En su lugar, surgieron otras formas de tratamiento que se centraban en cultivar estos valores como forma de obtener salud. Una de las más influyentes a comienzos del siglo XX fue la psicoterapia racional. Propuesta por el neurólogo suizo Paul Dubois en sus obras *Les psychonévroses et leur traitement moral* (1904) y *L'éducation de soi-même* (1909), la psicoterapia racional defendía que el origen de condiciones como la neurastenia, la histeria y la hipocondría no era el sistema nervioso, sino las ideas, y abogaba por el uso de la facultad de la razón como manera de gestionar las obsesiones y las fobias que caracterizaban estas enfermedades nerviosas. La psicoterapia racional conducía al «autogobierno» a través de la lectura, que el paciente podía realizar de manera independiente y sin tener que tratar con un médico. Operaba con el concepto clave de «la educación de sí mismo», que entendía la educación como algo más que la instrucción: concebida en términos morales, la educación no era solo la obtención de conocimiento, sino también el desarrollo de valores que permitiría a los jóvenes y enfermos convertirse en hombres sanos y fuertes, los futuros ciudadanos que garantizarían el progreso de la nación. La autoeducación operaba entonces como un tipo de remedio frente a las patologías de la patria enferma, siguiendo las metáforas del cuerpo individual y nacional[41].

Las obras de Dubois tuvieron un impacto importante, tanto por su forma de concebir la neurastenia, enfatizando el papel de

---

[40] Estas críticas pueden hallarse en Fernando GONZÁLEZ DE QUINTANA Y MOLINA: *La revolución en la terapéutica de la neurastenia,* Madrid, Librería-Editorial de Bailly-Baillere e Hijos, 1903, y Rafael DEL VALLE Y ALDABALDE: *Psicoterapia del médico práctico,* Madrid, Saturnino Calleja, 1920. Véase también Gladys SWAIN: *Diálogo con el insensato,* Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2009, pp. 215-231.

[41] Francesc DE PAULA XERCAVINS I RIUS: *Nerviosismo social,* Barcelona, Joaquín Huerta, 1911, p. 30; María del Mar DEL POZO ANDRÉS: *Currículum e identidad nacional. Regeneracionismos, nacionalismos y escuela pública (1890-1939),* Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 2000, y José María LÓPEZ PIÑERO y José María MORALES MESEGUER: *Neurosis y psicoterapia. Un estudio histórico,* Madrid, Espasa-Calpe, 1970, pp. 309-315.

las ideas en la génesis de la enfermedad, como por los tratamientos recomendados. En España, el trabajo de Dubois influyó en la publicación de manuales dirigidos a pacientes neurasténicos. Algunos, como *Disciplina de los nervios y régimen de salud mental* (1919), de Enrique Fernández Sanz, y *Consejos a los neurasténicos* (1921), de Joan Cantarell Basigó, fueron escritos por médicos que se apoyaban en su conocimiento experto para defender su autoridad frente al lector. Pero la idea de la «autoeducación» como una forma de garantizar la salud fue mucho más allá de los médicos. El concepto produjo toda una industria de cursos y manuales organizados y escritos por pedagogos y reformadores sociales, tanto nacionales como internacionales, como el «Cursillo de Autoeducación» organizado por el reformista catalán Federico Climent Terrer, que tuvo lugar en el Ateneo de Madrid a comienzos de junio de 1915, o la traducción de las obras del filósofo del nuevo pensamiento estadounidense Orison Swett Marden. Tomando la educación como la premisa clave que llevaría al autogobierno, el objetivo de estos talleres y publicaciones era fortalecer la voluntad para poder gestionar las pasiones internas y evitar los estragos de la vida moderna que producían enfermedades como la neurastenia[42].

Obras nacionales como *La energía en 10 lecciones* (1914), del pedagogo católico catalán Joan Bardina (1877-1950), explicaban el papel de la fuerza de voluntad en la lucha por la existencia, presentándola como la principal facultad que generaba dirección y se oponía a la arbitrariedad del instinto, cualidad propia de las sociedades salvajes. Además, servía para cuestionar la visión puramente materialista de la utilidad, del éxito y del progreso, siguiendo el pensamiento católico del reformador social[43]. El neurasténico, sujeto característico de la época, suponía para Bardina la feminización de los hombres modernos, que se habían vuelto pasivos y abúlicos, moti-

[42] Sobre el culto a la voluntad en este periodo, véanse Enric J. Novella: «La higiene del yo: ciencia médica y subjetividad burguesa en la España del siglo xix», *Frenia. Revista de Historia de la Psiquiatría,* X (2010), pp. 49-73, y Michael Cowan: *Cult of the Will. Nervousness and German Modernity,* University Park (PA), Pennsylvania State University Press, 2008.

[43] María Pilar Salomón Chéliz: «"Armémonos de valor, y por Dios y por la patria, adelante". Definir una masculinidad para la regeneración nacional católica finisecular», en Inmaculada Blasco Herranz (ed.): *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea,* Valencia, Tirant Humanidades, 2018, pp. 93-113.

vados solo por los logros materiales. Para evitar la enfermedad, instruía al lector en técnicas para fortalecer la voluntad a través de ejercicios basados en la repetición diaria de frases y movimientos físicos que enfatizaban la lucha como única forma de existir y de ser hombre: «el mundo es lucha interminable, combate rudo, batallar continuo». A través de sus lecciones, sus lectores podrían dejar de ser «almas vacías y apáticas» que, «[v]encidos antes de luchar», se limitaban a observar cómo «se escurr[ían] estérilmente sus años vacíos» y convertirse, en su lugar, en grandes hombres de acción que se entregaban a la lucha, a la conquista del mundo y a la recuperación de la gloria nacional, y ponía el ejemplo de figuras históricas como Benjamin Franklin, Cristóbal Colón o Napoléon[44].

Este discurso bélico se extendió a los anuncios de medicamentos, tratamientos específicos y aparatos patentados para la salud, cuyo mercado había crecido de manera exponencial a finales del siglo XIX[45]. A comienzos del siglo XX, la industria publicitaria —que antes se había apoyado sobre todo en lo textual para promover sus productos— empezó a incorporar imágenes de manera sistemática, en la línea de la nueva ciencia de la publicidad, que buscaba influir en las emociones del espectador a través de los sentidos. Con anuncios en periódicos y revistas, las diferentes marcas promovían y reafirmaban ideas y valores populares sobre la salud y la vida doméstica, y prometían ayudar al consumidor a recuperar el bienestar y vigor perdidos a través de sus productos, con el aliciente de que lo único que tenían que hacer era comprarlos. Al contrario que los tratamientos psicoterapéuticos y autoeducativos dirigidos a desarrollar la razón y la fuerza de voluntad, estas marcas requerían poco esfuerzo por parte del consumidor, lo que las convertía en remedios atractivos para hacer frente a los estragos de la vida moderna y la lucha por la existencia[46].

---

[44] Joan BARDINA: *La energía en 10 lecciones,* Barcelona, Sociedad General de Publicaciones, 1914, p. 31.

[45] Raúl RODRÍGUEZ NOZAL y Antonio GONZÁLEZ BUENO: *Entre el arte y la técnica. Los orígenes de la fabricación industrial del medicamento,* Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2005, y Víctor M. NÚÑEZ GARCÍA y Darina MARTYKÁNOVÁ: «Charlatanes versus médicos honorables. El discurso profesional sobre la virtud y la buena praxis (1820-1860)», *Dynamis,* 41 (2021), pp. 391-414.

[46] Sobre el aspecto publicitario, véase Miguel Ángel PÉREZ RUIZ: *La publicidad en España. Anunciantes, agencias y medios (1850-1950),* Madrid, Fragua, 2001, y Sonsoles HERNÁNDEZ BARBOSA: *Vidas excitadas. Sensorialidad y capitalismo en la cultura moderna,* Vitoria-Gasteiz, Sans Soleil Ediciones, 2022, pp. 71-105.

Muchas adoptaron estrategias publicitarias agresivas que apelaban directamente a la masculinidad del enfermo, a menudo planteándola en términos hipersexualizados. Ejemplo de ello fue la marca estadounidense Dr. MacLaughlin, que producía cinturones eléctricos para tratar todo tipo de trastornos sexuales, nerviosos y digestivos —entre ellos, la neurastenia—. A través de distintos anuncios, la marca le preguntaba al lector si era un hombre, y explicaba que a las mujeres las atraían «los hombres con dirección y fuerza de voluntad»[47]. Mostrando torsos de hombres musculosos y desnudos vigorizados por la electricidad, alentaba a «no dejarse vencer» por la vida moderna (fig. 1). Otras marcas, como

FIGURA 1
Anuncio para el cinturón eléctrico del Dr. McLaughlin



Fuente: El Heraldo de Madrid, 10 de junio de 1905, p. 6. Hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional de España, https://hemerotecadigital.bne.es/hd/es/viewer?id=262e4e49-d2d5-4b43-845b-a79fc67e6158&page=6 (consultado el 2 de septiembre de 2026).

[47] Algunos anuncios en *ABC,* 14 de abril de 1907, p. 6, y *Mundo Gráfico,* 12 de junio de 1912, p. 40.

Hipofosfitos Salud, utilizaban la misma estrategia agresiva hacia la masculinidad de sus potenciales consumidores, pero evitando la sexualización de sus personajes. Presentaban hombres burgueses modernos, delgados y vestidos de traje que afirmaban: «Yo quiero ser fuerte, porque un hombre débil es un ser incompleto» (fig. 2). El contraste de cuerpos era indicativo de las

FIGURA 2
Anuncio para el jarabe Hipofosfitos Salud



Fuente: Mundo Gráfico, 12 de diciembre de 1923, p. 18. Hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional de España, https://hemerotecadigital.bne.es/hd/es/viewer?id=3ff00a10-4e6e-407e-a47d-726008268a77&page=18 (consultado el 2 de septiembre de 2026).

distintas actitudes religiosas, políticas y de clase hacia la exposición del cuerpo desnudo y la fuerza muscular: mientras que, para algunos, el cuerpo fuerte podía ser señal de una masculinidad heroica, para otros representaba una masculinidad excesiva e inmoral. La delgadez, por el contrario, reflejaba un hombre civilizado y capaz de contenerse a sí mismo. A pesar de estas diferencias, los anuncios para las diferentes marcas construían una visión de la masculinidad basada en un discurso bélico civilizatorio, en el que la salud —tanto individual como nacional— era concebida como una lucha mental y física, manifestada en los cuerpos y voluntades fuertes que se publicaban en los anuncios[48].

Los usos de un diagnóstico. La construcción de identidades neurasténicas

Como se ha dicho, la neurastenia estaba enmarcada por un discurso ambivalente sobre la modernidad, y el objetivo principal del tratamiento consistía en preparar al sujeto enfermo para hacer frente a la lucha por la existencia —un tratamiento que estaba condicionado por ideales de masculinidad—. Pero ¿qué función social cumplía el diagnóstico? La misma ambivalencia que adoptaron los médicos al hablar sobre los lados buenos y malos de la modernidad y del progreso también se aplicó a la enfermedad: esta se utilizó de manera tanto positiva como destructiva para articular toda una serie de posiciones moralizantes en torno a masculinidades deseables e indeseables. A la vez, el diagnóstico fue adoptado por otros grupos que buscaban generar su propia identidad moderna más allá de la medicina. La neurastenia sirvió, por lo tanto, como un elemento moralizador y también un marcador identitario de diferentes profesiones y posturas frente a la vida moderna.

[48] Sobre esta cuestión, véanse Antonio Laguna Platero: *Salud, sexo y electricidad. Los inicios de la publicidad de masas,* Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha-Ediciones Universidad de Cantabria, 2018; Clifford Putney: *Muscular Christianity. Manhood and Sports in Protestant America, 1880-1920,* Cambridge, Harvard University Press, 2001, y Christopher E. Forth: *Fat. A Cultural History of the Stuff of Life,* London, Reaktion Books, 2019.

Por un lado, la neurastenia era común entre los miembros de aquellas profesiones que exigían «más fatiga corporal, intelectual y moral» por la responsabilidad que suponía su trabajo intelectual en la marcha por el progreso —responsabilidades como la medicina o el gobierno estatal—[49]. Como resaltaba Mariscal García en su obra *La neurastenia en los hombres de Estado* (1901), las exigencias políticas y sociales de los hombres de Estado los hacían más proclives a la neurastenia. Su trabajo estaba caracterizado por «los abusos mentales y físicos» —priorizaban el trabajo nocturno, los viajes y las reuniones— y la consecuencia era un agotamiento físico que los incapacitaba para realizar con éxito su trabajo, a veces dejándolos a las puertas de la locura. Exponía ejemplos de grandes hombres que seguramente habían sido neurasténicos, desde los filósofos de la escuela de Confucio hasta Napoleón. Los ejemplos de Mariscal García no eran casualidad, pues, a finales del siglo XIX, estas figuras se utilizaron como un elemento más para construir el mito del héroe romántico que luchaba por la libertad y estaba dispuesto a sacrificarlo todo —incluso su propia vida— por el bien común. En estos casos, la neurastenia era el resultado de ese sacrificio personal y del peso de la responsabilidad que acarreaban. Para ellos, el diagnóstico servía como un marcador público de su virtud. Era un ejercicio de autorreconocimiento para articular el valor que aportaba su trabajo al progreso nacional[50].

Sin embargo, la neurastenia también podía darse en aquellos que tenían un exceso de avaricia y tan solo buscaban tener poder, sin ser conscientes de la responsabilidad que suponía su trabajo y contri-

---

[49] Jaime MITJAVILA Y RIVAS: «Concepto, causas y síntomas de la neurastenia», *Revista de Especialidades Médicas,* 5 (1902), pp. 138-148, esp. p. 142.

[50] Raquel SÁNCHEZ: «El héroe romántico y el mártir de la libertad. Los mitos de la revolución en la España del siglo XIX», *La Albolafia,* 13 (2018), pp. 45-66; Darina MARTYKÁNOVÁ y Víctor M. NÚÑEZ GARCÍA: «Sacerdotes en el mercado, héroes del progreso. Los médicos e ingenieros y las transformaciones de la masculinidad liberal (1820-1900)», en Darina MARTYKÁNOVÁ y Marie WALIN (eds.): *Ser hombre. Las masculinidades en la España del siglo XIX,* Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla, 2023, pp. 171-198, y Violeta RUIZ: «"Un recurso moral para vencer la enfermedad que he padecido": honor, neurastenia y subjetividad en las memorias de Justo María Zavala (1815-1900)», en Darina MARTYKÁNOVÁ y Marie WALIN (eds.): *Ser hombre. Las masculinidades en la España del siglo XIX,* Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla, 2023, pp. 281-305.

buyendo con su egoísmo a la corrupción y al caciquismo[51]. Aunque la ambición en sí misma no era considerada necesariamente mala, siempre y cuando estuviese «señorada por la virtud», el discurso médico señalaba que el final de siglo estaba caracterizado por la generalización del «delirio de grandezas y de reputación», una «terrible pasión» que había causado «tantas víctimas entre la juventud y la edad viril»[52]. Según el médico Rafael del Valle y Aldabalde, la lucha por la existencia era en realidad «[el] afán desapoderado que se ha desarrollado en todas las clases sociales de adquirir en poco tiempo recursos superiores a los que tienen derecho»[53]. En estos casos, la enfermedad ponía en jaque el progreso nacional, además de constituir una forma negativa de ser un hombre moderno. Como afirmaba Fernando Calatraveño, «[d]ignos de lástima son los que así trastornan su vida, sacrifican su salud, matan su alegría, olvidan la educación de sus hijos, y viven en perpetua zozobra, por alcanzar unos años el ambicionado y amargo poder»[54].

Además del exceso de ambición, la indecisión y la falta de voluntad eran también síntomas de la neurastenia —síntomas que caracterizaban la abulia nacional—[55]. Constituían un problema para aquellos que estuvieran bajo su responsabilidad, ya fueran los pacientes, la familia, la ciencia o la nación. Condenados «a un constante querer y no poder», acababan paralizados por la vida moderna e incapaces de participar en la lucha por la existencia[56]. Para médicos como Antonio Mut Mandilego, el diagnóstico también era común entre aquellas personas que demostraban un interés hacia cuestiones vacías, como la moda o las tertulias. Estas se considera-

---

[51] Javier Moreno Luzón: «Political Clientelism, Elites, and Caciquismo in Restoration Spain (1875-1923)», *European History Quarterly,* 37 (2007), pp. 417-441.

[52] Philip Hauser: «Siglo xix. Considerado bajo el punto de vista médico-social», *Revista de España,* 101 (1884), pp. 202-224 y 333-358, esp. p. 339, y Abdón Sánchez Herrero: *Algunas lecciones...,* p. 71.

[53] Rafael del Valle y Aldabalde: «Neurastenia y estados análogos», *Revista de Medicina y Cirugía Prácticas,* 45 (1899), pp. 361-366, esp. p. 361.

[54] Fernando Calatraveño: «La neurastenia en los hombres de Estado», *Revista Contemporánea,* 119 (1900), pp. 572-578, esp. p. 577.

[55] Gayana Jurkevich: «Abulia, Nineteenth-Century Psychology and the Generation of 1898», *Hispanic Review,* 60 (1992), pp. 181-194.

[56] Manuel Alonso Sañudo: *Lecciones de clínica médica,* Madrid, Imprenta de la Viuda de J. Ducazal, 1893, p. 431.

ban vacías porque no contribuían al progreso ni requerían esfuerzos ni lucha, sino que eran placeres estéticos y sensuales que solo ofrecían entretenimiento[57]. Para los médicos conservadores, también los nuevos derechos sociales, las políticas de masas y el socialismo eran causas de la neurastenia[58]. Todo aquello que generase pasiones mal dirigidas producía una «clase neutra desengañada, inhibidos, incrédulos, indecisos, irresolutos, apáticos»[59]. Todas estas tipologías ponían en jaque el futuro nacional.

En este sentido, el diagnóstico permitía hacer un comentario sobre las distintas profesiones y las ambiciones de las personas que se dedicaban a ellas. En 1911, el médico César Juarros reflexionaba sobre el efecto que tenían las diferentes profesiones sobre la salud de los hombres. Mientras que los hombres de ciencia, «investigadores fríos y serenos» que trabajaban de manera «tranquila, uniforme, a modo de máquina», podían llegar a la vejez sin experimentar ningún brote de neurastenia, los «bolsistas, políticos y especuladores, cuantos hállense expuestos a emociones, disgustos y sinsabores, caen fácilmente en sus garras»[60]. Esta observación no era solo clínica, sino que también tenía un componente moralizante: al contrario que los hombres de ciencia, cuyo único propósito era obtener conocimiento para hacer avanzar a la sociedad, los banqueros y los políticos buscaban satisfacer sus propios intereses y se dejaban llevar por las emociones y las pasiones desmedidas[61].

Si bien el discurso médico sobre la neurastenia sirvió para construir unos parámetros moralizantes en torno a las ambiciones y acciones de figuras con responsabilidades, también contribuyó a consolidar nuevas identidades que se definían en términos de la condición. Uno de estos casos fue la figura del intelectual, que emergió a finales del siglo XIX como un tipo de persona distintiva de la modernidad que buscaba diferenciarse de las masas,

---

[57] Antonio MUT MANDILEGO: «Los neurasténicos», *Revista Ibero-Americana de Ciencias Médicas,* 16 (1906), pp. 213-219.

[58] Francesc DE PAULA XERCAVINS I RIUS: *Nerviosismo social...,* e Ignasi LLORENS I GALLARD: *Enfermedad fin de siglo. El nervosismo,* Barcelona, Casa Provincial de Caridad, 1896.

[59] Francesc DE PAULA XERCAVINS I RIUS: *Nerviosismo social...,* p. 30.

[60] César JUARROS: «Diagnóstico...», p. 5.

[61] Abdón SÁNCHEZ HERRERO: «Historia de un neurasténico agitado», *Revista Ibero-Americana de Ciencias Médicas,* 20 (1908), pp. 175-178.

pero que también se definió en términos patológicos: en su famosa obra *Degeneración,* el médico alemán Max Nordau afirmó que los escritores y los artistas eran ejemplos de degeneración, además de los criminales, los locos y las prostitutas. La neurastenia, condición por excelencia de la modernidad, era común entre los intelectuales, y operó como otra manera más de generar una nueva identidad[62].

Un famoso ejemplo de esto es la figura del poeta Juan Ramón Jiménez. En el verano de 1900, con dieciocho años y sufriendo lo que él llamó una «anemia cerebral», se recluyó en Moguer por un tiempo, huyendo del mundo y de sí mismo tras la muerte repentina de su padre y el desarrollo de una fijación con la idea de la muerte. Aquella idea obsesiva acabaría por ser el principal síntoma de su neurastenia[63]. En otoño del año siguiente se le internó en el hospital psiquiátrico de Maison de Santé du Castel d'Andorte en Francia, bajo la custodia del médico Gaston Lalanne, donde pasó unos nueve meses antes de regresar a casa y quedar bajo el cuidado de Simarro en el sanatorio del Rosario, en Madrid[64]. A pesar de que él mismo hacía pocas referencias a su condición, sus compañeros y admiradores le describían como un ser «deificado por su enfermedad y por eso que en él llaman neurastenia y que no es más que el tremar excepcional de su nerviosidad *eolia*»[65].

Esta relación entre la enfermedad y el talento formaba parte de una larga tradición histórica que databa del Renacimiento y que equiparaba el genio —sobre todo el genio artístico y literario— con la locura[66]. En el caso del poeta andaluz, la neurastenia era «una divina enfermedad que consiste en tener el alma a flor de piel, en so-

---

[62] David Jiménez Torres: *La palabra ambigua. Los intelectuales en España (1889-2019),* Madrid, Taurus, 2023, pp. 34-36.

[63] Juan Ramón Jiménez: «Carta a Timoteo Orbe (Moguer, 3 de octubre de 1900)», en Juan Ramón Jiménez: *Epistolario I. 1898-1916,* edición de Alfonso Alegre Heitzmann, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2006, p. 74.

[64] Sobre este periodo, véase Ignacio Prat: *El muchacho despatriado. Juan Ramón Jiménez en Francia (1902),* Madrid, Taurus, 1986.

[65] Ramón Gómez de la Serna: «*Las hojas verdes* y *Elegías puras,* dos libros admirables del admirable Juan R. Jiménez», *Prometeo,* 2 (1908), pp. 98-101. Cursiva original.

[66] Ann Jefferson: *Genius in France. An Idea and Its Uses,* Princeton, Princeton University Press, 2015; José Luis Peset: *Genio y desorden,* Valladolid, Cuatro, 1999, y Rafael Huertas y Colin M. Winston: «Madness and Degeneration, IV. The Man of Genius», *History of Psychiatry,* 4 (1993), pp. 391-411.

ñar despierto, en ver lo que no alumbra el sol y en enamorarse de todo lo imposible»[67]. Esto encajaba con las descripciones que hacían algunos médicos de los neurasténicos: para Royo Villanova y Morales, el neurasténico era «un aristócrata del sistema nervioso, [...] un artista del sufrimiento, [...] un elegido del dolor»[68]. El propio Juan Ramón se reconocía a sí mismo como un triste congénito, una tristeza que le permitía tener talento y que confirmaba la experiencia de la modernidad como una experiencia melancólica[69]. Aunque la enfermedad llevase a Juan Ramón y a otros de su época al aislamiento —e incluso al internamiento en manicomios o al suicidio, como fue el caso del escritor Felipe Trigo—, no dejaba de señalar la existencia de una sensibilidad exquisita e innata, a través de la cual expresar el talento. Así, el intelectual aparecía como un ser congénitamente patológico, definido tanto por su trabajo como por una serie de condiciones físicas que lo hacían enfermo. Para ellos y los que formaban parte de su círculo, la neurastenia era la señal de su talento y su condición moderna.

Conclusiones

Enmarcada por el discurso regeneracionista, la preocupación por la salud individual tuvo un fuerte componente nacional durante el cambio del siglo XIX al XX. En clave de género, la recuperación de la virilidad perdida de los hombres españoles y el deseo de generar una nueva nación —que pudiera hacerle frente a la pugna civilizatoria— impregnaron muchos de los imaginarios en torno a la enfermedad y la salud. La neurastenia ocupó un lugar muy concreto en este proceso. En su relación con la modernidad, era el ejemplo paradigmático de los efectos adversos y patológicos que la civilización

---

[67] Manuel MACHADO: «Obras de Juan Ramón Jiménez. Opiniones», *Renacimiento,* 9 (1907), pp. 369-370, esp. p. 370.

[68] Ricardo ROYO VILLANOVA Y MORALES: «La neurastenia y los periódicos», *Revista Frenopática Española,* 8 (1910), pp. 202-204, esp. p. 202.

[69] Juan Ramón JIMÉNEZ: «Carta a Rubén Darío (Madrid, abril de 1903)», en Juan Ramón JIMÉNEZ: *Epistolario I. 1898-1916,* edición de Alfonso ALEGRE HEITZMANN, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2006, p. 114, y José Javier DÍAZ FREIRE: «Miguel de Unamuno y Bilbao: la experiencia melancólica de la modernidad», *Ayer,* 98 (2015), pp. 21-44.

podía ejercer sobre los cuerpos o sujetos. La aparición de la neurastenia a finales del siglo XIX en España estuvo enmarcada por una comprensión paradójica de la relación entre la modernidad, la identidad nacional y la lucha por la existencia. Por un lado, el despliegue de nuevas artes, ciencias y mejoras tecnológicas que acompañaban la modernidad y el progreso permitían una mejor calidad de vida. Pero, por otro lado, este progreso exigía un esfuerzo individual que, si no era bien gestionado, podía sobreestimular y desgastar el organismo, y así generar nuevas patologías como la neurastenia.

El tratamiento de la neurastenia y los distintos significados que se le atribuyeron al diagnóstico reflejaron esta ambivalencia en torno a la modernidad. El concepto supuestamente científico y neutral de «salud» facilitó la moralización de las prácticas individuales por parte de los médicos, los pedagogos y la industria publicitaria. A través de una variedad de tratamientos, estos grupos de expertos e industrias establecieron diferentes parámetros ideales de la masculinidad moderna de la clase intelectual. Todos compartían el objetivo de generar hombres físicamente sanos y fuertes, caracterizados por la fuerza de voluntad y la capacidad de acción para poder garantizar el futuro nacional y participar con éxito en la lucha por la existencia. Por otro lado, la neurastenia también fue reapropiada para ensalzar determinadas identidades profesionales y grupos sociales, como el hombre de Estado que se entregaba a la responsabilidad de gobernar el país, el escritor sensible cuya enfermedad le dotaba de un talento especial o el médico que se sacrificaba por sus pacientes. La neurastenia los dotaba de una identidad particularmente moderna, convirtiéndolos en actores clave en la marcha nacional por la civilización.